

Compromiso, esperanza, educación y futuro

La educación se mueve entre dos polos complementarios: por un lado, una dimensión anamnética que nos recuerda la necesidad de conservar lo que ha supuesto un importante esfuerzo de conseguir y que es valioso para las personas y para la sociedad; por otro, una dimensión de cambio y de transformación que nace del sentido crítico sobre los aspectos negativos que se derivan del mundo que se ha construido. Para transformar hay que tener imaginación y animosidad frente a lo desconocido, pero a la vez una historia, unas referencias que, desde la conciencia crítica, permitan identificar lo que vale la pena conservar. No es fácil encontrar el equilibrio entre estos dos polos: si la balanza cae en exceso hacia el lado de la conservación, el futuro puede ser la reproducción de lo que da seguridad pero que, por miedo a lo desconocido, puede llevar a un mundo previsible, continuista, decadente y resignado; ahora bien, si la balanza se decanta demasiado hacia la desconfianza en la conservación y la necesidad de transformación que tiene valor en sí misma, el futuro puede ser una secuencia de cambios sin un horizonte preciso que se arriesga a perder las referencias, a quedar huérfano de historia y de experiencia y a repetir los errores del pasado.

Esta dicotomía entre conservación y transformación no es nueva. Explicaba Bogdan Suchodolski en los años sesenta en su obra *Pedagogía de la esencia y pedagogía de la existencia* que en ese momento la educación se encontraba en una encrucijada difícil: había que decidir si debía ser una preparación para vivir en esta civilización que, literalmente decía, *conduce a la catástrofe*, o si bien debía posicionarse en una decidida lucha para mejorarla.

Su posición se alineaba con las propuestas de una educación para el cambio y para la transformación que fuera capaz de hablar de lo que se podía llegar a ser y de superar la reproducción de lo que ya se era. Una educación que tenía que descansar en un ideal utópico de esperanza, idea que ya había desarrollado Ernst Bloch a mediados de los años cincuenta en su célebre *El principio esperanza* y que más tarde retomarían Erich Fromm al inicio de los años ochenta con *Tener o ser* y mucho más tarde Paolo Freire, a mediados de los noventa, con *La pedagogía de la esperanza*.

Desde esta perspectiva, la educación debía tener la voluntad de participar activamente en la construcción de un *nuevo mundo*, de un futuro que tenía que nacer como respuesta a las evidencias de un mundo acabado y contra unas dinámicas deshumanizadoras que llevaban la civilización hacia un callejón

sin salida. Suchodolski definía su posici3n citando la frase del escritor de ciencia ficci3n H. G. Wells seg3n el cual “la 3poca contempor3nea es una carrera entre la educaci3n y la cat3strofe”.

Ahora bien, ¿c3mo definir la idea de un *mundo nuevo*, cuando la vida es din3mica, abierta y cambiante? ¿C3mo interpretar la idea de transformaci3n si finalmente hay caducidad en todo lo que se transforma? ¿Cu3les deben ser las claves para encarar un futuro de incertidumbre y de imprevisibilidad sin renunciar al cambio pero aprovechando y dando continuidad a lo que nos legitima como sociedad humanizada? ¿Y como trasladar estos ideales en acciones cotidianas, tangibles, con evidencias de mejora y de cambio?

El ideal del *mundo nuevo* debe ser un horizonte ut3pico de referencia m3s que una realidad cerrada y terminada. En primer lugar porque todo lo que se concreta en una estructura definida tarde o temprano termina caducando. En segundo lugar, porque en un mundo plural, din3mico y cambiante no es posible definir una forma 3nica de sociedad. Precisamente, el gran aprendizaje del siglo pasado es la imposibilidad de encontrar una esencia que defina ese *nuevo mundo*. Desde esta perspectiva, el ideal ut3pico de la educaci3n que se basa en la esperanza debe ser la utilizaci3n del conocimiento para ayudar a construir una sociedad que nace y que surge de las aspiraciones individuales y colectivas sobre el mundo que quisi3ramos tener, pensando en la dignidad de las personas y en el bienestar de las generaciones futuras.

Ahora bien, para que ese ideal ut3pico tenga unas m3nimas posibilidades de 3xito, debe partir de un principio de realidad que se preocupe por encontrar puentes entre las ilusiones ideales y las acciones posibles que deben llevar a cabo personas concretas en contextos no ideales. El mundo que se construye siempre ser3 imperfecto, limitado, lleno de incertidumbres y generador de insatisfacciones. Pensar en ideales no debe ser opuesto a construir realidades llenas de limitaciones. Se trata de tener una esperanza realista (una *racionalidad ut3pica*, en palabras de Bloch) que permita descubrir los aspectos positivos de lo que se est3 construyendo y que las imperfecciones sean el motor y la inspiraci3n para seguir avanzando hacia ese *mundo nuevo*. Y deber3 estar impulsado por la voluntad colectiva de construir desde la auto3tica (en palabras de Morin) y la autoexigencia personal.

La educación social es una profesión que ha sabido situarse en esta perspectiva de cambio y transformación desde las pequeñas acciones cotidianas. Mediante su práctica, la educación social ha demostrado que tiene vigencia la vieja aspiración según la cual la educación puede contribuir a transformar el mundo y que se pueden hacer pequeñas revoluciones en el trabajo del día a día para mejorar la calidad de vida de las personas, crear condiciones para el ejercicio de los derechos fundamentales y construir sociedades más acogedoras y humanizadas. Es un ejemplo de cómo la educación puede ser para todos, democrática, plural, respetuosa con la diversidad, sensible al sufrimiento, comprensiva, amable y acogedora. Y también es un ejemplo de cómo se puede hacer política desde el ejercicio profesional, ahora que la política está tan desprestigiada.

La educación social ha entroncado con la tradición de la esperanza y de la utopía, elementos necesarios para imaginar un mundo nuevo, pero lo ha hecho desde un principio de realidad que la humaniza. Desde la educación social se ha entendido que no hay un *nuevo mundo* cerrado y definido, y que la idea utópica que representa es el motor y la guía que impulsa el cambio y orienta en una dirección humanizadora. También ha entendido que lo que se construye es el resultado de un proceso dinámico de integración de aspiraciones diversas y plurales, por lo que hay que estar en una permanente negociación y actitud de renuncia para concretar en evidencias reales las esencias de un mundo mejor. En este sentido, la educación social ha demostrado ser una profesión generosa que siempre tiene en cuenta al otro (otro profesional, la persona atendida, la sociedad en su conjunto).

Es necesario redefinir el ideal utópico periódicamente para evitar que se desvincule de lo que tanto la profesión como la sociedad necesitan. El rigor, la profesionalidad, la autoexigencia, el dominio técnico, la voluntad de cuidar y el sentido del deber y de la responsabilidad son los instrumentos de que dispone el profesional para llevar adelante ese ideal utópico esperanzado de un mundo nuevo.

Jesús Vilar Martín
Profesor de la Facultad de Educación Social y Trabajo Social
Pere Tarrés - Universidad Ramon Llull